

Capítulo 1

En las inmediaciones de Londres las calles estaban tranquilas; no había nada inusual en eso. Era medianoche. La casa de Garish Bowman estaba algo apartada. El egiptólogo estaba leyendo el *e-mail* que le envió el director del Museo Arqueológico Howard Carter, en el cual daba luz verde para que dispusiera lo necesario para emprender el viaje a Egipto. Su propuesta había sido aceptada. Por fin, su reputación iba a tomar un rumbo distinto. Había llevado a cabo una minuciosa y laboriosa investigación sobre los motivos de la muerte de uno de los faraones más influyentes del Antiguo Egipto. Fueron tres años de constantes viajes al corazón de una civilización intrigante y apasionante.

Desde su infancia se sintió atraído por la civilización egipcia. Su interés por el Antiguo Egipto despertó cuando su padre le llevó al museo como regalo de cumpleaños. Contaba entonces diez años. En aquel mismo instante se enamoró de todas las piezas que se exponían. Lo tuvo claro: quería ser egiptólogo de mayor. Debido a su curiosidad, empezó a leer todo lo referente a la civilización egipcia. Un amigo de su padre, profesor en la

universidad, se dio cuenta del interés de Garish por la Historia Antigua, y sin dudarle un instante decidió enseñarle. Rápidamente, su joven alumno fue adquiriendo conocimientos a una velocidad endiablada; adquirió soltura en aprender latín y griego, luego aprendió árabe, copto y hebreo. Sin embargo, necesitaba profesores más experimentados, ya que su rápida adquisición de conocimientos le hacía un perfecto baluarte para iniciar una carrera en cualquier universidad del Reino Unido. Esta circunstancia fue puesta en conocimiento de sus padres, los cuales no vacilaron en enviar a su hijo a Oxford. El amigo de su padre invitó a Garish a su casa para enseñarle una serie de objetos que poseía, traídos de Egipto en los numerosos viajes que realizó con el fin de establecer relaciones con los distintos periodos que vivió esta civilización. Pronto se sintió atraído por los diferentes papiros que adornaban las paredes de la casa del profesor Rosters. Tan fascinado salió de la casa, que sintió una enorme curiosidad por descifrar aquellos caracteres tan extraños, y se prometió que algún día sería capaz de hacerlo.

Pasaba las horas muertas en la biblioteca del Museo Arqueológico, a la cual accedió mediante un permiso especial que el profesor le entregó, firmado por Michael Novan, director en esos tiempos de dicho museo. Consultó multitud de libros sobre la escritura jeroglífica. La biblioteca poseía una de las colecciones más importantes

de volúmenes referidos al Antiguo Egipto. En un acto reflejo, Garish giró la cabeza de forma súbita. Incluso sintió crujir las cervicales, lo que le produjo un leve mareo. Sintió náuseas. Todo a su alrededor empezó a moverse. Vio que la biblioteca, por unos instantes, se le venía encima. Tuvo que tomarse un tiempo para recuperarse. Despacio, se agarró a las mesas que estaban dispuestas en torno a las estanterías, para sentarse en una de las sillas dispuestas alrededor de ellas y recuperar la consciencia. Poco a poco su visión se hizo más clara, y pudo ver en la entrada un cartel anunciando una conferencia sobre jeroglíficos y su transcendencia en la cultura egipcia. Su conferenciante era Sheldon Dorman, uno de los más reputados expertos en ese tipo de escritura egipcia. «Será mi oportunidad», se dijo Garish.

Sheldon Dorman trabajaba catalogando la extensa colección de papiros que conservaba el museo. Su fama se extendía más allá de Londres; en una ocasión fue requerido en el Museo de El Cairo para trabajar codo con codo con Rashida Larek, para determinar la edad de un papiro encontrado en el templo de Abu Simbel. No obstante, también era conocido por su gran afición a vender piezas de incalculable valor en el mercado negro al mejor postor. Esta afición le trajo más de una estancia en prisión; pero dada su gran relación con personalidades muy

influyentes, siempre salía del calabozo a las veinticuatro horas. Tampoco en su vida personal tuvo mucha suerte que digamos: separado de su segunda mujer, Sheldon tuvo que hacer frente a un divorcio muy sonado en los círculos de la prensa rosa. Estuvo casado con una de las mujeres más influyentes de la sociedad inglesa. La causa de su divorcio fue consecuencia de otra de sus aficiones más conocidas: las jóvenes estudiantes, que siempre acudían a sus conferencias para felicitarle por sus ponencias.

Su más sonado escándalo lo constituyó la denuncia de la joven Sharon Geste, quien le acusó de intentar violarla. La alumna entró en su despacho para felicitarle por una gran conferencia que dio. Sheldon, llevado por la lujuria, agarró a Sharon de la cintura e intentó besarla. Sharon buscó zafarse, pero debido a la gran fuerza del profesor no pudo con él. Empezó a acariciarle los senos, y para que no lograra gritar le tapó la boca con la mano izquierda. En un momento del forcejeo la alumna logró morderle la palma de la mano, y en un acto reflejo Sheldon la retiró, retorciéndose del dolor. Como respuesta a ese mordisco la abofeteó, cayendo la chica al suelo. Sharon perdió la consciencia durante algunos minutos. El profesor intentó quitarle la falda y la ropa interior para consumir su violación. En el instante en que se posicionó encima de la joven, un profesor, alertado por los gritos de la chica, corrió a comprobar qué ocurría en el despacho

de Sheldon Dorman. Cuando entró en el despacho no podía dar crédito a la escena. Haciendo acopio de fuerzas, agarró al profesor por los hombros y le golpeó.

—¿Qué haces, Sheldon? ¿Te has vuelto loco? —le gritó.

—Esta zorra lo pedía a gritos —respondió desde el suelo, tratando de recuperarse del tremendo puñetazo que le propinó su colega.

El profesor auxilió a Sharon, consolándola, pues estaba envuelta en un mar de lágrimas.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó.

—Sí, gracias —respondió la alumna.

—¿Quiere denunciar a Sheldon? —preguntó, para interponer la denuncia.

—Claro que quiero. Esta sabandija tiene que pagar por lo que me ha hecho —respondió entre sollozos.

—Yo mismo la acompañaré a la Policía —ofreció el profesor su ayuda—. Y, Sheldon: te denunciaré a la junta directiva, y te prometo que no encontrarás trabajo en tu vida.

—Te recuerdo que tengo amigos muy influyentes.

—¿Me estás amenazando? —respondió el profesor a su comentario.

—En ningún momento; solamente te lo recuerdo —le contestó.

Su colega, Chase Mates, debía informar del intento de violación al director del Museo Arqueológico Howard

Carter; aun sabiendo que esta acusación seguramente no llegaría a tramitarse por las amistades tan influyentes de Sheldon. Pero su conciencia le dictaminaba que era lo correcto. Debía saber cómo encarar la situación, para poder esgrimir sólidos argumentos y convencer al director, pues sabía de buena tinta que todo se le podría volver en su contra y salir él mismo perjudicado. Chase había sacado en multitud de ocasiones las castañas del fuego a su colega con las promesas de mejorar su situación laboral, ya que le debían favores. Pero nunca llegaban a materializarse, y veía desolado que caían en saco roto. Y se cansó de esperar, prometiéndose que jamás ninguna persona le iba a mangonear de esa forma tan vil.

Para Sheldon solamente importaba una cosa: él mismo. Nunca se alegró por los éxitos de sus colegas. Normalmente les recriminaba que no le atribuyeran a él sus logros, puesto que formaban un equipo. Para males mayores, en una ocasión se vio envuelto en una discusión con otro colega, al cual su dedicación al trabajo le llevó al reconocimiento de la junta directiva del museo, proponiéndole a un puesto de mayor relevancia. Según Sheldon se enteró, furioso, le echó en cara que no le nombrara a él copartícipe de ese reconocimiento. Al final de la discusión ambos colegas rompieron sus lazos de amistad de forma permanente.

Los presagios de Chase no se hicieron esperar; la denuncia interpuesta por la joven estudiante no se llevó

a trámite. A mediados de julio, un juez exculpaba de todos los cargos a Sheldon por falta de pruebas. Fue inhabilitado por un año de sus funciones en respuesta al recurso que presentó la joven.

Quizás fuera casualidad, o tal vez producto del destino; en el mismo instante en que Garish recuperaba totalmente la consciencia, entró por la biblioteca Sheldon Dorman. Enseguida sintió un impulso de levantarse y hablar con el experto. Aquel fortuito encuentro iba a servir al egiptólogo para adquirir conocimientos en la resolución de los jeroglíficos. Sin perder ni un minuto, se acercó a Sheldon.

—Señor Dorman, ¿tiene un minuto? —preguntó cuando llegó a la mesa.

—¿No ves que estoy trabajando, mequetrefe? —contestó Sheldon con desprecio.

—Mi nombre es Garish Bowman, y estoy interesado en aprender a descifrar los jeroglíficos antiguos. Me preguntaba si me podría ayudar —inquirió, sin dar importancia a la forma tan despectiva en que le contestó Sheldon.

—¿Por qué debería ayudarte? —preguntó, mientras escribía en su tableta.

—Tengo entendido que es usted uno de los mejores; o eso es lo que me han dicho. El profesor Rosters me

invitó a su casa y me mostró su colección de papiros. Me sentí encantado —explicó.

—Ese viejo debería dejar de alardear de esa colección, tan falsa como él. Te ha engañado, chico—contestó—. Está bien, te reservaré sitio en mi conferencia, y verás cómo trabajan los auténticos profesionales.

—Gracias, señor Dorman —agradeció Garish.

Sobre las nueve empezó la conferencia, con un retraso de media hora por problemas en el material audiovisual. A Sheldon este tipo de incidentes le ponían de los nervios; siempre había complicaciones de última hora. El salón de actos registraba un lleno absoluto. Cientos de personas acudían a las conferencias del profesor, atraídas por lo instructivas que resultaban. La mayoría del público asistente solían ser jóvenes estudiantes femeninas, llevadas por lo que ellas decían del erotismo que rezumaba Sheldon. El profesor rondaba los cincuenta y tantos, y tenía un cabello canoso que contrastaba con unos ojos de color azul. Su voz tenía una cadencia distinta a las demás debido a las largas horas de charla. Su característica principal eran las largas pausas que hacía entre frase y frase, produciendo en algunas ocasiones el tedio entre sus espectadores.

Garish siguió atentamente —y con mucha pasión— la conferencia del profesor, tomando apuntes en

todo momento. Se sorprendió de la manera que tenían de comunicarse los antiguos egipcios, por medio de aquellos símbolos escritos de forma de derecha a izquierda o viceversa; ambas formas eran correctas.

La ponencia duró alrededor de hora y media. Después, los invitados por Sheldon pasarían al cóctel organizado por el Museo Howard Carter, para recoger fondos de los hombres más ricos de la sociedad inglesa, entre los que estaba Markus Shender. Este era hijo de un exiliado judío. Su padre hizo una tremenda fortuna como marchante de cuadros en Londres, lo que le permitió a Markus sumergirse en el mundo del arte. Pero lo que más atraía a Markus era la enigmática cultura egipcia, y los grandes secretos que ocultaba entre sus templos. De esta manera, empezó a viajar a la cuna de este fascinante pueblo. Según las malas lenguas, poseía una de las mayores colecciones de papiros, obtenidos de forma ilegal. También se decía que era uno de los traficantes de arte egipcio más importantes del mundo. Nada se pudo comprobar.

Markus iba acompañado en la fiesta con su novia, una escultural modelo sueca a la que conoció en un viaje a Marruecos. Según sus círculos más íntimos, la pareja no pasaba por unos buenos momentos, debido a los tremendos celos de Serina Gusterbg. Markus era un